

Mujeres:  
del voto femenino a *Nada*

CARMEN MEJÍAS BONILLA

Subvencionado por:



*Madrid, 2006*

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2-4º1

28013 Madrid

Depósito Legal: M-xxxxxx-2006

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

## MUJERES: DEL VOTO FEMENINO A NADA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR LA AUTORA  
EN LA UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA,  
EL DÍA 22 DE MAYO DE 2006)

Muy buenas tardes; estoy contenta de volver a estar con todos ustedes y les agradezco su presencia.

He titulado mi exposición *Mujeres: Del voto femenino a Nada*, porque voy a hablar de las literatas habidas en los años que transcurren desde que la mujer vota por vez primera en 1931 a la publicación de *Nada*, la novela con la que Carmen Laforet consigue sorprendentemente el premio Nadal en 1944. Un período muy corto para todos los acontecimientos que se producen. La mujer, que ha iniciado con su voto el camino a su libertad, vuelve a guardarse y a ser guardiana de los valores tradicionalistas. He elegido 5 mujeres para recorrer el periodo. Cinco mujeres singulares, a través de las que se iluminará el espacio de la historia que fue suyo para hacerlo también nuestro.

Aunque siempre se ha dicho que el siglo XX ha sido el siglo de la mujer, hasta bien mediado aún se vivía un panorama sombrío, y la educación de la niña provocaba recelo en los próceres de la patria. Gracias a mujeres excepcionales, como Emilia Pardo Bazán, Rosario de Acuña o Concepción Arenal, que a finales del XIX se entregaron para abrir el camino a la educación y a la igualdad, la mujer pudo acceder a la Universidad sin ninguna traba administrativa o académica en 1910. Veinte años más tarde el número de mujeres universitarias se multiplicó por veinte, mientras el de hombres tan solo se duplica.

La mujer ya no se vestirá con pantalones, como hizo Concepción Arenal, pero aún conservará aquel pudor que sintieron las pioneras al compartir aula con los hombres, de modo que un buen número de matrículas femeninas fueron libres y no presenciales. De cualquier forma, se pusieron en circulación un buen número de mujeres cultas que estuvieron en condiciones de reflexionar sobre su realidad y de expresarse.

## Ellas

**Clara Campoamor**, que no paró de reflexionar y de expresarse toda su vida, consiguió en 1925 terminar su carrera de Derecho, ingresar en el Colegio de Abogados de Madrid y abrir su bufete en la Plaza de Santa Ana. Tenía un objetivo clarísimo: luchar por la justicia del *Derecho en la mujer*. Efectivamente, será la artífice de una victoria histórica en esa lucha: en 1931 defenderá de forma magistral, el sí al voto femenino en el Congreso.

Nuestra sociedad debería reconocer a Clara Campoamor como un tesoro social, porque esta madrileña nacida en 1888 en un hogar de clase media (fue modista, dependienta, profesora de adultos) entendió que sólo en las instancias más altas del Derecho se podría conseguir que la mujer fuera un ser exento, libre, y que la sociedad fuera más justa y democrática.

Fue la primera mujer que actuó ante el Tribunal Supremo, la primera que ingresó en la Real Academia de Jurisprudencia y la única que formó parte de la Comisión encargada de redactar la Constitución de 1931. Ese año, el Gobierno la envió a Ginebra para hablar ante la Sociedad de Naciones, pero su acto decisivo, políticamente hablando, se produjo el día 1 de octubre. En el Parlamento se debatía el derecho de voto para la mujer. Clara Campoamor, que en ese momento tenía 43 años y una retórica magistral, hizo un encendido discurso en defensa del voto contestando a Victoria Kent, que era entonces directora general de prisiones. La Kent había sido elegida diputada por las Cortes Constituyentes y se oponía al voto porque consideraba que la mujer estaba aún bajo la influencia del confesor y que, por tanto, un masivo número de mujeres sin instrucción votarían a la derecha. Clara Campoamor desmontó punto por punto sus alegaciones, desplegando el Derecho Comparado con tal brillantez que consiguió que se aprobara con una diferencia de 40 votos.

La base de su análisis radicaba en que el legislador tenía que legislar sobre principios y no por consecuencias. Y que la libertad se aprende a usar, usándola. Así desmontó la idea interesada y paternalista de que la mujer “aún no estaba preparada”. Al día siguiente del debate se leía en el *Diario Informaciones: Dos mujeres solamente en la Cámara y ni por casualidad están de acuerdo. Hoy han hablado las dos y hemos de reconocer que estaba más en su papel la Señorita Campoamor que la Señorita Kent*.

*Negaba ésta a la mujer el derecho al voto y lo pedía aquella... El caso de la Señorita Kent es especialísimo. Ella legisla y no quiere que las demás legislen; ella vota y no quiere que las demás voten. Se ha valido del feminismo para elevarse y quiere ahora quitar la escalera. El argumento que esgrime tiene mucho salero... A la Srta. Campoamor no le ha importado ir en contra de su partido, el Radical, y ha defendido con toda la fuerza de su inteligencia que no se puede despojar al ciudadano del derecho natural a expresarse...*

Clara Campoamor tenía el don de la palabra y, aunque su obra escrita mantiene la brillantez expresiva de su verbo, tuvo menos eco del que hubiese sido justo. Escribió *Mi pecado mortal, el voto femenino* y yo que salió de la imprenta en junio de 1936 y, como se puede deducir por la fecha, su difusión fue ínfima. Se marchó de España y fue acusada de masona, por lo que no pudo volver, pero en sus escritos del exilio se siente siempre su ansia de España y se observa un gran conocimiento de la actualidad española. Murió en Lausana sin dejar de acusar las injusticias, tal y como expresó en una acertada frase: *He acusado porque no quiero que mi silencio absuelva.*

Efectivamente, las elecciones de 1933 las ganó la derecha, y ni Victoria Kent ni Clara Campoamor volvieron a ser reelegidas. Pero llegaron al hemicycle otras mujeres como Margarita Nelken, Matilde de la Torre, Veneranda García Blanco y María de la O Lejárraga que siguieron trabajando por la cultura.

## Un poco de historia

La llamada “Edad de Plata”, que dejó su huella tras el 98, continuó ejerciendo su influjo y creó el caldo de cultivo propicio para la eclosión de Arte Moderno. Bien es verdad que la dictadura de Miguel Primo de Rivera, que impidió el ingreso en la Academia de la Lengua de Alcalá Zamora, y deportó a Unamuno, no eran buenos mimbres para el desarrollo cultural, pero ese fue un tiempo relativamente corto, y la retención del natural fluir -caudaloso en ese momento- de las ideas y de la creación va a explotar en otro periodo corto también, que es el que va de la proclamación de la República en 1931 hasta la guerra civil en 1936, momento que volverá a sumergirse en un pozo oscuro que terminará rebosando en la literatura existencialista de posguerra en novelas como *La Familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela, retratando la sociedad rural, o en *Nada*, de Carmen Laforet, un magnífico retrato de la sociedad de la Barcelona de posguerra narrada por unos ojos abiertos que quieren descubrir el mundo.

Pero estábamos en 1933. El voto femenino ya se ha conseguido y entre las nuevas diputadas a Cortes hay una mujer de 59 años dispuesta a trabajar para la causa política y olvidar todo un pasado de dramaturga, poeta, cuentista...

**María de la O Lejárraga**, o María Martínez Sierra, como alguna vez se firmó. Esposa de Gregorio Martínez Sierra, un magnífico director teatral fallecido en 1947, al que se le reconoce como figura decisiva del modernismo español. Lo cierto es que el nombre de *Martínez Sierra* fue también una firma comercial. Con ella, María de la O firmó casi más de cien obras de novela y teatro, porque su marido, como aseguraba un actor de su compañía, “no escribía ni cartas a la familia”. En cambio, se adueñó del inmenso trabajo de su mujer de una manera que hoy nos parece imposible de aceptar.

Nació en Logroño en 1874 pero se crió en Carabanchel. Era maestra, amaba el teatro y, como les he dicho, escribió todo, absolutamente todo lo que firmó su marido, tanto novela como literatura dramática. Su obra inicial estaba impregnada de un ingenuo idealismo que llegó al culmen con *Canción de cuna*, que, como saben, es la historia de una niña abandonada en un convento y adoptada por las monjas al modo de Marcelino Pan y Vino.

Su vida sería también un buen argumento de película. Se casó con 26 años y su marido con 20. Los recién casados vivían de su sueldo de maestra y de los artículos que escribía para varias revistas, y él, que tenía una gran vena empresarial, montó la importante Editorial Renacimiento y una compañía teatral para representar las obras que su mujer escribía. Aún así, María mantuvo con otros creadores una asidua colaboración. A Falla le escribió los libretos de *El Amor Brujo* y *El corregidor y la molinera*, a Usandizaga le hizo el libreto de *Las golondrinas*, y a Turina, el de *Navidad*. Y muy entrañable debió ser su amistad con Falla porque en las cartas que la escribía se despedía de ella firmando con una graciosa reproducción del sonido andaluz “su don Manué” y apostillaba: “er de las músicas”.

La compañía teatral del matrimonio que representaba en el teatro Eslava, iba viento en popa. Catalina Bárcena, brillante alumna de Doña María Guerrero, guapísima y 14 años más joven que María, fue contratada por Martínez Sierra como primera actriz, y enseguida se fue a vivir con ella.

La Bárcena es una grande del teatro español. La célebre *Canción de cuna*, interpretada por ella, fue un éxito memorable que la convirtió en un ídolo y la hizo embajadora por el mundo de una nueva forma de hacer teatro en España. Por el contrario, el éxito de la compañía supuso para María una continua y desenfrenada labor de creación en solitario, con el agravante emocional de tener que concebir papeles femeninos para el especial lucimiento de la amante de su marido.

María, en este *menage a trois* sufre terriblemente y en 1922 decide irse a Francia. Pero hasta allí le llegan las cartas de su marido, que no puede soportar, empresarialmente hablando, la falta del material para estrenar o publicar. En estas cartas se leen

peticiones urgentes de textos, y no sólo quiere obras de teatro, también artículos, conferencias e incluso en una le apremia la necrológica de Torcuato Luca de Tena cuando fallece en 1929.

Finalmente, la inquietud política la hace volver a España. En 1930 había escrito un ensayo titulado *La mujer española ante la República*, que se inicia así: *La Patria, que para los hombres es la madre, para las mujeres es el hijo...* y en 1933, en su campaña electoral por el escaño de diputada por Granada, viaja por toda España y vive una intensa experiencia que nos la relata en un hermoso libro titulado *Una mujer por caminos de España*. En él exhibe una prosa rotunda. Denuncia la España profunda, hambrienta, que la moviliza aún más contra la miseria y a favor de la cultura.

Al finalizar la guerra civil se exilia en Francia, se queda ciega, sin un duro y olvidada por su marido. Ante este lamentable estado, en 1945, unos amigos consiguen presionar a Martínez Sierra para que la mande un poco de dinero, que él envía junto a un par de cartas rebosando autocompasión y solicitando disculpas.

En 1947 muere Martínez Sierra y María de la O se embarca para América. Precisamente en este viaje se entrevista con Walt Disney y le ofrece un guión infantil sobre la relación de un perro y un gato titulado *Merlín y Viviana*. Este guión, cambiando gata por perra, es exactamente la historia de la Dama y el Vagabundo. Ni que decir tiene que Disney no pagó a María ni un centavo. En Méjico recapitula su vida y publica en 1952 otra autobiografía que ella tituló *Horas serenas* y que su editor quiso que se llamara *Gregorio y yo*. Cualquiera podría creer que en ella quiera saldar cuentas con su marido, pero no es así. Sencillamente cuenta: “El hecho de publicar mi primer volumen de cuentos fue tan mal recibido por mi familia, que, al ser maestra, no quería empañar la limpieza de mi nombre con la dudosa fama que en aquella época caía como un sambenito casi deshonoroso sobre toda mujer literata y, además, casada, joven y feliz, acometióme ese orgullo de humildad que domina a toda mujer cuando quiere de veras a un hombre”

Casi centenaria le escribe a una amiga: .. *Si tuviera que definir mi vida con una frase posiblemente os diría: “siempre escribí en el olvido”. Porque así sucedió durante mis casi cien años de existencia. Ahora se sabe la verdad, aún me dio tiempo a contarla en mi libro “Gregorio y yo”, sin embargo ahí queda mi obra dispersa por medio mundo firmada por un hombre que no escribió ni una sola palabra.*

*Ni siquiera mis amigos, conocedores de la verdad, se atrevieron nunca a reconocer mi valía como escritora. Ni Juan Ramón Jiménez, ni Pérez de Ayala, ni Arniches, ni Falla ni Turina, al menos públicamente jamás lo hicieron.*

*Os preguntaráis por qué acepté esta situación. Quizás porque tuve el rotundo convencimiento de que una “literata” carecía entonces de credibilidad intelectual y que mi mensaje feminista no iba a trascender jamás con mi nombre. La censura, el machismo social, el temor a la deshonra por ser una criatura pensante que reclamaba para todas las mujeres el derecho a la educación, a la creatividad activa y al trato igualitario, me forzaron a conservar el anonimato. O puede que fuera por el profundo amor que sentía por mi marido.*

*Las críticas teatrales de la época comparaban a Gregorio Martínez Sierra con Jacinto Benavente y le reconocían su mayor capacidad para recrear personajes femeninos. Aunque hubo también quien reprochaba cierto tono dulzón en sus obras. Yo callaba.*

*La esperanza de recuperar el amor de mi marido me amordazó durante décadas. Sólo cuando Gregorio murió me liberé de guardar su ausencia con el silencio. Cedi al honesto recuento que exige la vejez, cuando el diálogo con la muerte cercana, desnuda toda farsa, todo engaño, todo fraude con una misma. No supe hacerlo de otra manera. Recibe un afectuoso saludo. María de la O Lejárraga.*

María de la O murió a punto de cumplir los 100 años, pero hasta sus últimos días brilló su mente. Poco antes le había escrito a su amiga María Lacampre: *He leído una novela muy buena que ha publicado un autor español a quien yo no conocía, “El río que nos lleva”, de José Luis Sampedro, léela, yo estoy entusiasmada con ella.* Ese entusiasmo, que resume su actitud vital, se concreta en la frase que dijo a punto de morir: *He llegado a convencerme de que la única razón de vivir está en la alegría con que se vive.*

Y en la misma España de María de la O vive otra María de la que sería imperdonable que no hablara ¿Cómo no elegir a **María Zambrano**, la señora de la palabra?

Aunque el centenario celebrado en 2004 alentó su figura, aún sabemos poco de esta malagueña, poco para aquilatar su importancia, porque aún no nos hemos dado suficiente cuenta de que el pensamiento español del siglo XX no se entiende sin María Zambrano. La mayoría de nosotros conocimos su figura cuando ya era una anciana de pelo blanco. Se nos hizo presente casi de improviso en 1981, con 77 años, cuando recibió en Oviedo el premio Príncipe de Asturias de Humanidades. La prensa nos la fue acercando y TVE le dedicó por esas fechas un hermoso capítulo de la serie *Tatuajes* que estuvo conducido maravillosamente por José Miguel Ullán titulado *Sueño y Verdad de María Zambrano*.

¿Quién era esta octogenaria, de mirada profunda, con voz de cadencia rompiente, un poco salmodia, que va granando la entrevista con frases llenas de palabras sustanciales? ¿Qué habría vivido esa mujer que, agarrada a una boquilla, hablaba destilando esencias y recuerdos? Habló Zambrano desde el corazón, que es de donde asegura



que sale el pensamiento vivo, y recordó para los espectadores de TVE una tarde de paseo, muchos años antes, por la ribera del Manzanares, con Miguel Hernández. Ella iba muy triste por una pena de amor. Cuando la compartió con el poeta, ¡cómo se hartaron de llorar los dos, sentados en una piedra...! También nos habló de la tragedia, de la piedad, de la escritura, de los sueños y los imprevisibles caminos del tiempo, de la dificultad de vivir, del exilio, del amor... para concluir que: *ser humano es ser culpable, como toda la sabiduría trágica ha sabido siempre*. Y entonces se nos quedó enganchada su voz repetida en un eco... hasta que seis años después una nueva oleada de María Zambrano nos refrescó su sonido. Entonces, en 1987, el Rey la distinguía con el galardón más preciado de las letras españolas, el Premio Cervantes.

Fue la mayor de dos hermanas y vivió desde los 5 años en Segovia pues su padre ganó allí la cátedra de Gramática. El hombre era un activista de la cultura e impulsó, junto con Antonio Machado, un movimiento artístico que revitalizó la ciudad. Fundó el periódico *Segovia* (1919), la revista *Castilla* (1917) y la Universidad Popular. De modo que, desde niña, María Zambrano estuvo rodeada de actividad intelectual. Sus primeras lecturas son de Unamuno, Ganivet, Azorín, Baroja, Ramiro de Maeztu y, en general, de la llamada *Generación del 98*. Con sólo 10 años publica su primer artículo sobre los problemas de Europa y sobre la paz en la revista de antiguos alumnos del Instituto San Isidro.

En 1925 ingresó en la Facultad de Filosofía. Fue alumna de Ortega, de Besteiro y Zubiri, gracias a los que inicia su colaboración en *La Revista de Occidente*. Estudio a Unamuno y a San Juan de la Cruz, en los que buscó y dibujo la poética religiosa de su pensamiento para forjar la suya propia. Y aunque Ortega fue su dilecto profesor de Filosofía, Zambrano se fue distanciando de sus planteamientos, pues frente a Ortega, que nunca renunció a la idea del *concepto* como forma prioritaria de percepción, ella empieza a concebir y a enunciar *la lógica del sentir*. Y esto va a ser trascendental para acercarse a la poesía, porque cuando reclama para el conocimiento *la razón intuitiva* que estaba en la penumbra desde Descartes, estaba persiguiendo un saber sobre el alma, una investigación del sentir, y ese conocimiento, lo que ella llamó *la razón poética*, lo halló en el mito, en los arquetipos mitológicos femeninos; en definitiva en los símbolos, que son el material de la poesía. Ella escribió: *La vida, el hombre y su soledad, son misterios que hasta ahora han preferido revelarse por la poesía*.

Es esta búsqueda de la razón poética uno de los grandes hallazgos de su pensamiento, el más rompedor y, sin duda, su principal aportación a las vanguardias. Porque María Zambrano participa de las vanguardias y de la generación del 27. Tuvo amistad con García Lorca, Cernuda, Alberti, Emilio Prados, Rosa Chacel, Concha Méndez, Carmen Conde... Miró, Tapies, Ramón Gaya, Maruja Mallo... vinculados

todos ellos a la revista *Hoja Literaria* y juntos formaron un frente artístico al que llamaron *El Arte Nuevo*.

Se casa en 1936 con Alfonso Rodríguez, un historiador y diplomático del que se separa en 1948. Reside con él en Cuba, donde no deja su actividad, pero cuando la guerra se está perdiendo, en 1937, volverá a España para ayudar a la Republica. Tras la guerra el exilio, donde realiza un ingente trabajo que se sustancia en publicaciones decisivas: *Pensamiento y poesía en la vida española*; *Filosofía y Poesía*, *Los intelectuales en el drama de España*, *El pensamiento vivo de Séneca*, *La Agonía de Europa*, *Hacia un saber sobre el alma...* Toda su obra trata de la unión del pensamiento y el sentimiento a través de lo que ella llama, *la palabra fecunda*, pues *pensar es descifrar lo que se siente, y la poesía es la destilación última de toda verdad*. Ella, buscadora permanente de la alquimia perfecta, es sabia mezcladora de filósofa y literatura, de erudición y de cotidianidad, de inteligencia y sensibilidad, de tradición y presente, y nos cuenta su reflexión con una prosa poética personalísima. Hay que acudir a ella para iluminarnos y para que *la criatura humana no deje de ser una promesa y para que nadie deje de poner su voto en la urna invisible de la Paz*.

## Un 27 más amplio

Hoy está más que en revisión el término de *Generación del 27* en el que tradicionalmente se agrupan una decena de poetas, especialmente los que se hicieron la foto en Sevilla en el homenaje a Góngora. García de la Concha propuso hace ya un criterio temporal más amplio, que los situaría entre 1920 y 1934. Unos años frutales, un tiempo singular, en el que –según Chacel– *la pluralidad de los ánimos tendía al mutuo entendimiento, y teníamos, unos más, otros menos, el capital infinito de la lengua, y el mandato era aceptarla como aventura*.

Y fue una aventura en la que no faltaron mujeres. Margarita Nelken, Maruja Mallo, Rosa Chacel, Carmen Conde, Ernestina de Champourcin, María Teresa León, Concha Méndez... sin embargo casi nadie las agrega a la nomina de esta generación. Claro que la misoginia era moneda corriente entre los intelectuales que seguían los pasos de Schopenhauer o Kierkegaard. Nada más hay que leer la respuesta de Valle Inclán a un periodista del diario *El Sol*, en noviembre del 31, cuando le pregunta sobre el porvenir de las mujeres ante el recién conseguido voto femenino: *¡Pero hombre! ¡Qué cosas! Las mujeres... Ahora ya que ni siquiera tienen los cabellos largos... en la presente civilización no tienen nada que hacer las mujeres*. No creo que precise comentario, pues lo cierto es que las mujeres formaron parte de las vanguardias como verdaderas creadoras e instigadoras de proyectos y no sólo como cómplices y ayudantes de sus hombres. Porque una circunstancia personal de casi

todas ellas fue su matrimonio con artistas: Rosa Chacel, con el pintor Timoteo Pérez Rubio; Josefina de la Torre tuvo amores primero con Buñuel y después se casó con el actor Ramón Corroto; Concha Méndez, que fue la mujer de Altolaguirre, o María Teresa León, perdida entre la arboleda de Alberti. Mujeres que trabajaron hasta muy mayores y se las ha ignorado demasiado tiempo. El silencio ha sido la forma menos cruenta de hacerlas invisibles.

**Josefina de la Torre**, artista polifacética, es el prototipo para ilustrar la fecundidad, la multiplicidad y la alegría de una generación que por fin vive su tiempo de una manera optimista. Nació en Canarias en 1907. Sus padres, burgueses liberales, estimularon las aficiones artísticas de sus 7 hijos, y ella, la benjamina, tuvo a su alcance los elementos necesarios para desarrollar muchas aficiones que la conducirían por varios senderos. Fue poeta desde su infancia, novelista, dramaturga, guionista... y también actriz, cantante de ópera y zarzuela, bailarina, compositora musical de piezas que ella misma tocaba a la guitarra y al piano y, para rematar, como no podía ser menos en una señorita de la burguesía liberal del momento, sumó a sus aficiones artísticas, las deportivas, destacando en natación y en tenis.

Era muy guapa, del estilo de Marlene Dietrich, a la que por cierto dobló sus películas al castellano. Provocó en Alberti encendidos versos de resonancias eróticas, aunque no fue con él, sino con Luis Buñuel, con quien tuvo amores y una misma pasión por el nuevo arte que fue el cine. Pero lo que es, de forma natural desde su más tierna infancia, es poeta. A los 7 años le dedicó unos versos a Galdós, y con sólo 20 vio la luz su primer libro titulado *Versos y estampas* que editó la *Revista Litoral*. Se lo prologó Pedro Salinas y tuvo muy buena crítica tanto en España como Hispanoamérica. El mar y el amor son los ejes que marcan su poesía. Es ese mar permanente de su isla que hizo piel con ella y que la movía entre la nostalgia, la ternura y, finalmente, la enfrenta al desaliento, ese que sobreviene cuando uno se siente preso en las trampas que le tiende el destino.

Y a ella el destino le jugó la mala pasada de dejarla viuda de un hombre 30 años más joven cuando tenía 73. Este suceso la recoge hacia adentro y Josefina de la Torre entra en el Valle del Olvido. Pero en 1999, Carlos Reyes, traductor y poeta norteamericano, enamorado de su poética, le hace una edición bilingüe de *Poemas de la Isla*.

Finalmente fue el cine quien la recompensó como escritora, y su mayor éxito va a ser como guionista. En 1934 editó lo que ella llamó *novelas cinematográficas* que firmó con el seudónimo de Laura de Cominges y que no eran sino guiones bien elaborados con los que se hicieron varias películas. La que más le reportó fue la mejicana titulada *Una herencia en París* basada en su novela *Tu eres él*. Se encargó del guión, de los diálogos, y compartió como actriz cartel con Lola Flores. Esta película le produjo

más beneficios económicos que todo su trabajo anterior junto, pues cobró 16.000 ptas por el argumento, 5.000 por la adaptación, 6.000 por los diálogos, 2.000 por su interpretación, además de obtener un accésit de 100.000 pesetas en la edición de 1949 de los Premios Nacionales de Cinematografía otorgados por el Sindicato del Espectáculo.

Formó una compañía teatral con la que puso en escena una quincena de obras y perteneció al cuadro de actores de Radio Nacional de España cuando la radio pública emitía dramáticos. En 1950 aún publicó una novela más, *Memorias de una estrella*, cuya protagonista bien pudiera ser ella misma, y en 1983, con 76 años, rodó para TVE la serie *Anillos de oro* de Ana Diosdado. Murió en 2002 con 95 años y la Academia Canaria de la Lengua la nombró miembro de honor.

## El retorno al hogar

Al llegar 1936 y con él la guerra civil o, como decía María Zambrano, *la explosión de la tragedia*, se dispersaron las vanguardias y España quedó muda. Muchos de nuestros mejores cerebros continuaron su trabajo en el extranjero y otros, como Carmen Conde o Josefina de la Torre, se quedaron sin problemas y tras un inicial silencio se incorporaron decididamente a su actividad profesional.

Afortunadas ellas que pudieron continuar con su trabajo, porque el nuevo régimen tenía decidido que la mujer casada donde debía estar era en su casa. Acababa de terminar la guerra cuando Pilar Primo de Rivera grita enfáticamente en presencia de 10.000 miembros de la Falange Femenina que *la única misión que la Patria asigna a las mujeres es el hogar*. La Iglesia también quiere lo mismo y, para hacer regresar al orden moral a la mujer, recupera algunas publicaciones desde donde *luchar contra el deporte, el nudismo en las playas y la frivolidad de las mujeres*, así que se hace de nuevo con la enseñanza y decreta que sólo se podrán impartir en las escuelas las materias adaptadas al dogma y a la moral católica. El Código Civil eleva a 25 años la mayoría de edad en la mujer y obliga a la joven a permanecer en el hogar paterno hasta el matrimonio o hasta los votos religiosos.

La mujer vuelve a la sombra y el país se queda a oscuras, pero poco a poco los creadores comienzan a hablar de nuevo -cosa inevitable- porque, como cantaba Mercedes Sosa, *si se calla el cantor, calla la vida*. Pero la voz expresa un sentimiento existencialista que se traslada a la literatura. No es casual. El existencialismo siempre surge después de la náusea, el sentimiento trágico, la sublimación religiosa, y en la novela se va a convertir en un realismo descarnado de tonos negros y sombríos como en *Nada* de Carmen Laforet.

Hay que reconocer que la literatura de posguerra debe mucho a la labor realizada durante el franquismo por algunos editores que fueron tensando la cuerda para conseguir burlar la vigilancia de la censura y poder publicar literatura de autor. *Destino* fue una de las editoriales y, aunque sus primeros libros tuvieron un carácter político, poco a poco se decantó hacia la literatura. Su gran apuesta fue la creación del Premio Nadal, cuya primera edición en 1944 la ganó Carmen Laforet, entonces una joven muchacha de 23 años que se impuso con su novela *Nada* a autores tan célebres en la época como César González Ruano. Fue un caso tan extraordinario que tuvieron que darle explicaciones al periodista: *En el jurado ha triunfado la democracia*, le dijeron. A lo que él contestó: *Hemos hecho una guerra para acabar con la democracia y ahora la democracia se proclama desde un pequeño premio literario*.

Fue en Madrid donde Carmen Laforet, nacida en Barcelona en 1921 y crecida en Canarias, contrajo matrimonio y escribió *Nada*, que se convirtió en la novela-enseña de la posguerra. Con un lenguaje fresco y directo narra los pasos inciertos de una muchacha huérfana que llega a Barcelona para estudiar en casa de su abuela. Allí, rodeada de personajes vencidos, siente la soledad, el frío, la desolación y el desconcierto. Lo mismo que le pasaba al país. Su familia, encerrada en un mundo sórdido, es el ejemplo vivo de la ruina.

Nadie se podía imaginar que una joven desconocida revolucionaría el ambiente literario de su generación con una novela claramente existencialista y, mucho menos, que fuese a ser la más traducida de nuestro idioma tras el *Quijote* y *La familia de Pascual Duarte*. Ha sido estudiada en cientos de tesis doctorales de todo el mundo y se han sucedido las reediciones. Después de *Nada* publicó algunos cuentos, relatos cortos y tres novelas más: *La isla y los demonios* (1952); *La mujer nueva* (1955) y *La insolación* (1963), y a los pocos meses de su muerte se publicó por primera vez *Al volver la esquina*, escrita 40 años antes.

Carmen Laforet huyó de la fama, no quiso hacer entrevistas, ni anunciar sus libros, ni dejarse ver, pues ella concebía la vida del creador como la de una existencia apartada. Le explicaba a Ramón Sender en una carta que *su pereza para escribir estaba enmarcada en la falta de estabilidad económica, en el amargo trance de su separación, ocurrido en 1970, y en el clima social machista y estúpido que le exigía responder cosas como si quería más a sus hijos o a sus libros*. Su hijo, el escritor Agustín Cerezales, nos explicó así los silencios de su madre: *Cualquier escritor tiene derecho a sentir la necesidad del silencio, a seguir esa opción, y a nuestro respeto. Ahora bien, hay silencios que dicen que ya está todo dicho, y otros que, por el contrario, son expresa renuncia a decir muchas otras cosas. En el silencio de mi madre creo que se reúnen ambos: todo está dicho, y a la vez todo quedó por decir. Mi madre tenía un «agudo sentido de la independencia» y una radical «ausencia de egoísmo», o «abnegación». Yo lo llamo sentido de la libertad*,

*y creo que a ese sentido, a esa dramática exigencia responde el silencio suyo, por contradictorio que parezca. Que el silencio, en definitiva, es en ella expresión, ejercicio y defensa de su fuero.*

Y con Carmen Laforet termino la presentación de 5 ejemplos, entre muchos de mujeres creadoras que vivieron un tiempo que aún nos está marcando. Es necesario ir a ellas para comprender. Les animo a que las conozcan mejor. Siempre fue provechoso entrar en las estancias femeninas. Háganlo. Nada más, y muchas gracias.

## **Breve nota biográfico-profesional**

Carmen Mejías Bonilla es Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense, Master en Radiodifusión por la misma Universidad.

Escritora, periodista de investigación, colaboradora en distintas publicaciones, conferenciante y locutora-recitadora.

# CUADERNOS DE U.M.E.R.

- Nº 1: "Hablar y Callar". Pedro Laín Entralgo
- Nº 2: "Historia de la Biología Molecular en España". Margarita Salas
- Nº 3: "Envejecimiento". Alberto Portera Sánchez
- Nº 4: "Los Mayores: cómo son". Enrique Miret Magdalena
- Nº 5: "Reflexión cristiana sobre la ancianidad". José María Díez Alegría
- Nº 6: "Los médicos y las humanidades: Marañón ante la Historia". Mariano Turiel de Castro
- Nº 7: "Guernica". José Veguillas Larios
- Nº 8: "Vicisitudes dramáticas de "El Abuelo". M<sup>a</sup> de los Ángeles Rodríguez
- Nº 9: "Curso monográfico: cuatricentenario de Velázquez". Carmen Díaz Margarit.  
Carmen Pérez de las Heras. Alberto Portera
- Nº 10: "Contenido mental, salud y destino". Víctor López García
- Nº 11: "Aula para Mayores, Universidad de Granada". Miguel Guirao
- Nº 12: "Los programas universitarios para personas mayores en España". Norberto Fdez. Muñoz
- Nº 13: "Rumanía: un país de raíces latinas". Inés P. Arnaiz Amigo
- S/N : Memoria de la "UMER", Universidad de Mayores Experiencia Recíproca, 1994-1999
- Nº 14 bis: "Historia y memoria de los niños de la guerra (en el siglo XX)". Alicia Alted Vigil
- Nº 15: "Aspectos Históricos y Literarios de la Gran Vía". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 16: "Las cooperativas y las personas mayores". Rafael Monge Simón
- Nº 17: "Los Mayores y la solidaridad". Padre Ángel García Rodríguez
- Nº 18: "Mujeres españolas del siglo XX. María Zambrano". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 19: "Mujeres españolas del siglo XX. María Moliner". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 20: "Los fines de la educación". Aurora Ruiz González
- Nº 21: "1999: Año Internacional de los Mayores". Norberto Fernández Muñoz
- Nº 22: "Poesías". Felicitas de las Heras Redondo
- Nº 23: "Consentimiento informado". Manuel Taboada Taboada
- Nº 24: "Aproximación a Edgar Neville y su cine". M<sup>a</sup> de los Ángeles Rodríguez Sánchez
- Nº 25: "Xavier Mina: un liberal español en la independencia de México". Manuel Ortuño Martínez
- Nº 26: "La verbena de la Paloma. La modernidad de su libreto". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 27: "Breve ronda de Madrid". María Aguado Garay
- Nº 28: "Una televisión "de" y "para" los mayores. ¿Otra utopía posible?". Agustín García Matilla
- Nº 29: "A mis 90 años: Por un optimismo razonable". Enrique Miret Magdalena
- Nº 30: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca "UMER" de 1999 a 2004"
- Nº 31: "Larra entrelíneas; los diarios ocultos". María Pilar García Pinacho
- Nº 32: "Recuerdo y desagravio a León Felipe". Mariano Turiel de Castro
- Nº 33: "El origen del hombre". María Almansa Bautista
- Nº 34: "Rosario Acuña: más allá de una estética feminista". Carmen Mejías Bonilla
- Nº 35: "Cervantes, el Quijote y Madrid". Fidel Revilla
- Nº 36: "Contando cuentos...". Enrique de Antonio
- Nº 37: "Cómo mejorar el rendimiento mental con una nutrición adecuada". Víctor López García
- Nº 38: "El Madrid de la Segunda República". Feliciano Páez Camino
- Nº 39: "Posibilidades de futuro de la Biotecnología". Alfredo Liébana Collado
- Nº 40: "Mujeres: del voto femenino a *Nada*". Carmen Mejías Bonilla